

## HORTENSIA AZUL SOBRE KEVIN POWER

Juan Uslé\*

Han pasado dos meses desde que Kevin Power falleció y aún me sigue costando creerlo. Desde que nos dejó he estado sumergido en el estudio, pero muy a menudo he pensado en él, y, ahora mismo que ya siento la presencia de un nuevo cuerpo de obra, estoy seguro de que Kevin estaría muy contento de ver y discutir conmigo estos últimos cuadros de la familia S.Q.R., frente a ellos. Fueron muchas las cosas que aprendí y compartí con Kevin en estos treinta años de relación, pero quizás entre todas ellas, la más importante para mí fue



aprender a respetar nuestro deseo; a reconocer lo que hacemos; a valorar sin transcendencia lo que uno hace pero alimentándolo con las dosis de libertad suficientes para convertirlo en imprescindible.

Anoche, tras dar por terminada la sesión y aún sentado en el estudio, rodeado de cuadros, comencé a recordar algunas de sus “apariciones” y visitas a nuestros estudios, a menudo inesperadas. Sus recuerdos son de tal intensidad que me desbordan. Pero, permitidme compartir algunos, una pequeña parte de lo que yo llamo: los viajes de Kevin.

BLUE NOTE, N.Y.

Foto © 1984  
Manuel Brito  
“Kevin Power  
redactando un artículo  
en su casa de Alacant.”

Ojeaba el *Village Voice* mientras llamaba a la puerta de mi estudio en Manhattan: “Hoy vamos a escuchar a Cassandra Wilson y a Gato Barbieri, desde la barra, aunque no se ve bien, se escucha mucho mejor”. Parecía claro que para Kevin la

música y el arte no estaban necesariamente vinculados a una situación formal, ni a la etiqueta ni a una buena mesa, prefería picar algo en la barra, inmiscuirse y compartir. Lo importante

---

\* Juan Uslé es un pintor de reconocido prestigio internacional. Su pintura se ha podido ver en la Documenta IX, la Bienal de Venecia (2005), el MNCARS, el MACBA, el IVAM, el Museo Serralves, el Kunstmuseum de Bonn, entre otros. Tiene obra en las colecciones del Albright Knox Museum, Buffalo, Nueva York, Museum of Fine Arts de Boston, Tate Modern de Londres, SMAK Museum de Gante, MNCARS, MACBA, IVAM, la Caixa, Fundación Botín, entre otras. La relación profesional y de amistad entre Juan Uslé y Kevin Power se remonta a la década de los ochenta. Entre otros proyectos, Kevin comisarió su exposición *Back & Forth* IVAM (1996).

para él era meterse, escucharlo bien, disfrutaba de lo lindo con el jazz y lo transmitía a sus amigos. Recuerdo que un día fuimos los dos a Chelsea. Un famoso fotógrafo que estaba retratando a gente del mundo del arte contemporáneo me había invitado a posar para él. Kevin me acompañó porque luego pensábamos ver algunas exposiciones y más tarde ir con Vicky a escuchar música. Llegamos, y tras abrirnos la puerta, el fotógrafo nada más verle le hizo sentarse frente a la cámara. Durante más de dos años, el enorme retrato de Kevin (una fotografía de 200 x 150 cm) permaneció inalterable en las paredes del U.S. Lab., el laboratorio más prestigioso de Nueva York, donde todos los profesionales solían acudir para revelar y ampliar sus fotos.

Es curioso, pero sigo hablando con Kevin, como lo hacía en Nueva York aún cuando él no estaba, él andaba por allí, en nuestras conversaciones, apareciendo de vez en cuando. Bueno, como cuando me cruzaba con aquella fotografía suya que colgaba permanentemente en las paredes del laboratorio.

## PISUEÑA

Subimos juntos a ver la cabaña, Vicky y yo la conocíamos, nos gustaba porque era humilde y solitaria, pero sin duda privilegiada. Estaba situada en lo alto de una colina, bien adentro del valle, hacia Pisueña. Un lugar donde podías sentirte completamente aislado, en soledad, pero también serenamente dueño del aire y de la visión ¡un cachito de cielo! Luis conducía aquel destartado Renault 21, que según él llegaba a todas partes. Kevin, a su lado, sonreía. Su semblante se acentuaba aún más al enmarcarse en aquel jersey negro con dos puntas leves arrugadas de azul apareciendo por el cuello y sus habituales vaqueros, también negros. Ya casi arriba, a unos cien metros de la casa, el coche comenzó a patinar. Aquello era entre camino y pista, arcillosa y sin asfaltar, atravesada justo allí por un regato-manantial que convertía aquella tierra arcillosa en impracticable. Tras muchos intentos logramos pasar y llegamos a la casita. Kevin la miró detenidamente por fuera, subió las escaleras sin inmutarse y entró. Por un rato contempló desde el ruinoso balcón los Picones de Pisueña y, al mirarle, me pareció como si ya llevara largo tiempo allí sentado, con su pelo aún más revuelto, escribiendo en su ordenador portátil. Por dentro era una ruina de espacio. Una cabaña abandonada con cierto encanto. Un habitáculo básico y austero que, a pesar de su difícil acceso y su pobreza, no tenía nada de lúgubre sino más bien transmitía serena alegría. “Apto para vivir”



Foto © 2011 Manuel Brito.  
“La cabaña de Kevin en Pisueña.”

comentó. Al intentar regresar fue cuando se acentuaron los problemas. El Renault 21 se negó a pasar el arroyuelo y durante casi dos horas tuvimos que empujar e ingeniárnoslas para sacarlo de allí. Cuando, ya exhaustos, conseguimos pasar el coche, escuchamos a Luis comentar: “si ya os decía yo que este no nos dejaba tíraos”. Kevin se limitó a murmurar: “este coche cabrón quería que yo me quedara aquí”. El caso es que Kevin ya había decidido quedarse con la cabaña. Y aún sigue allí.

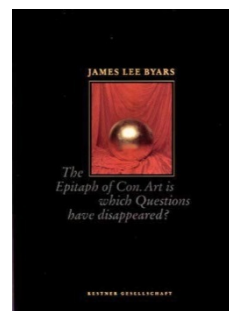
## BACK & FORTH

“¡Mira! ¡Ahí está Kevin!” Era el año 92 en Sevilla. Kevin disputaba la barra chapeada en metal y azulejos alicatados a Pedro G. Romero y Mar Villaespesa. Nosotros acabábamos de aterrizar. Era un viajero silencioso, aparecía y desaparecía sin hacer mucho ruido. Amigo de sus amigos a los que frecuentemente citaba e incluía en sus conversaciones y a los que nunca negaba un texto.

Yo había oído hablar de Kevin mucho antes de conocerle en persona. Supe de él por varios amigos comunes, también artistas, que le apreciaban mucho y lo incluían permanentemente en las conversaciones. Le admiraban y le consideraban tan brillante escritor como buen amigo. Coincidimos por primera vez en Madrid, en el año 84, por ARCO, tomando una cerveza en la cafetería de la feria. Un pintor canario, Ramón Díaz Padilla, nos lo presentó. Recuerdo bien aquel encuentro. Kevin se mostró más bien tímido al principio, pero luego se abrió y estuvo simpático e ingenioso, era algo pintoresco, pero tenía buen ojo y aún mejor conversación. Vestía una capa negra castellana que le había regalado Luis Cienfuegos, un artista de Guadalajara que hacía tapices. Tenía un encanto especial, era inteligente y culto, sin duda atractivo, quizás también algo extravagante, o al menos poco común. Más tarde visitó el stand de la galería Montenegro, donde Vicky y yo mostrábamos varias obras. Se detuvo a mirarlas minuciosamente. Se interesó muy especialmente por una pintura de Vicky de gran formato, muy densa y oscura, titulada *Bailarina* y por una mía titulada *El Cortao*. Justo al día siguiente volví a toparme con él frente a otra de mis obras en el stand de Juana de Aizpuru. “Está muy bien esta obra”, comentó con aquel acento tan característico y una “s” estirada, casi convertida en silbido. Junto a él se encontraban Juana, muy contenta, y Julião Sarmiento.

Era un gran amigo, y tenía la capacidad de hacer que la conversación trascendiera hacia una experiencia de creación común. Se manifestaba personal en sus juicios, sutil pero tenaz y convencido de sus argumentos, respetuoso y abierto y dispuesto a escuchar. Siempre mostró gran aprecio y sensibilidad por los escritos y opiniones de los artistas. Me siento especialmente agradecido porque se empeñó en que se publicara una sección de “escritos del artista” en el catálogo de la muestra *Back & Forth*, que él mismo realizó sobre mi obra en el año 96. En el proceso de preparación de esta muestra tuve la fortuna de ver la magnífica exposición *El momento perfecto* de James Lee Byars que Kevin acababa de comisariar en el

centro del Carme. Fue y sigue siendo en mi recuerdo una de las exposiciones donde la enigmática obra de Byars mejor dialogaba con el espacio y donde más intensamente se expresaba su obra. Valoraba especialmente a Palazuelo, con quien mantuvo una profunda comunicación con relación a su obra que se plasmó en varias excelentes conversaciones. Conocía como pocos su trabajo y siempre llegó más allá, más hondo en sus apreciaciones, a ese lugar donde vislumbras la génesis y el proceso. Era especialmente sensible al esfuerzo, al intento de los artistas por esclarecer o desbrozar, o explicar lo que hacen. Se implicaba tanto con la obra que admiraba, que la miraba y se enfrentaba a ella por entero como si nunca la hubiera visto antes. Era capaz de evitar la repetición o el perfeccionamiento de lo que había escrito ya. Se lanzaba al abismo sin limitaciones, dejándose llevar.



## LA RAÍZ Y EL VIAJERO

Posiblemente, al final, todos seamos una precaria aleación de varios metales. Y sin duda nuestras vidas transcurren por fases y periodos de mayor o menor encantamiento o decepción. No, no es fácil permanecer encantado, más aún en el ejercicio de una profesión que tiene como principio, y sistema, ahondar lo máximo posible en la condición humana, sus lustros y miserias, su esencia y condición, tratando, además, de ser contemporáneo, acorde y testigo de un tiempo o de un espíritu. ¿O quizás de un baile de espíritus?

Por un tiempo nos sentimos muy aislados y carentes de información, sin apenas contactos y conexiones con lo que ocurría fuera de nuestras tediosas, casi lapidarias fronteras. Luego se abrieron las ventanas y, poco a poco, comenzamos a sonreír, hasta el punto de casi olvidarnos del silencio y de perder nuestras raíces por completo. Fuimos europeos, internacionales y aún más: globales, lo que equivale a decir ¡ya no somos! Dejamos de ser meros practicantes de una pasión cada vez más precaria y propensa a desaparecer. Sí, posiblemente siempre fuimos una aleación de varios metales y, sin duda por décadas, nos hemos sentido crecer y expandir, sonriendo optimistas, pero a la vez, relegando o escondiendo nuestras propias telarañas. Todo nos indicaba que nos abríamos a un mundo mejor, mientras los otrora problemas sustanciales pasaban a sustituirse por un pensamiento monotemático: poseer una sonrisa más blanca y, si puede ser, con sabor a menta, y esto nos hacía olvidar nuestras pequeñas parcelas metálicas, nuestra esencia, nuestra sustancia. Algo que sin duda se refleja bien en una caricatura similar a lo acontecido con la vacuidad propia del espíritu hollywoodiense.

Kevin era un ser de espíritu libre y especial. Abierto por naturaleza a los encuentros y con una sólida fe en la peculiaridad humana. Había en él algo de fragilidad, de ternura propias de aquellas personas poseedoras de una extrema sensibilidad y que sin embargo tomaban en él la forma de fortaleza inexpugnable. En varias ocasiones, hablando de aquellas obras mías

iniciales de los primeros ochenta, que yo por inercia pretendía olvidar, él reconocía en ellas algo especial, “muy presente”. Algo que, sin embargo, para mí no era sino el fruto del deseo y, eso sí, una pasión desenfrenada por la pintura, tan fuerte como lo era en la conversación mi deseo de no mirar atrás. Él veía, o quizás sentía, algo más de lo que yo esperaba o deseaba conscientemente, algo relacionado con los metales interiores, con su naturaleza y por tanto con nuestras particularidades. Una libertad sensible.

Quizás Kevin, eterno viajero, estaba buscando apartarse un poco de un mundo cada vez más “accesible”, o menos, quizás, a su sensibilidad. Un mundo más global, uniforme y mimético, donde toda diferencia parece irremediabilmente abocada a desaparecer. Donde el encanto de aquel aforismo de Ashbery sobre Nueva York como ejemplo de la gran ciudad, como espacio-umbral o un no lugar, idea y representación del mundo, está ya totalmente obsoleto. ¿Buscaría Kevin un contacto más intenso con lo real local, con lo que nos circunda y alimenta sin desbordarnos? Respirar y disfrutar con el leve sonido interior de sus propios metales.

Lo cierto es que aunque él y Mónica Carballas, su compañera, nunca dejaron de viajar, se dedicaron por largas temporadas a trabajar intensamente en la cabaña, reparándola hasta reconstruirla por completo. Nunca había asociado a Kevin tanto con la tierra, con el trabajo físico, manual. Siempre disfrutaba intensamente de la ciudad y transmitía como pocos ese delicioso entusiasmo por la cultura y por la música. Cuando Vicky y yo nos percatamos de que estaban trasladando a la cabaña sus cosas y los libros nos quedamos perplejos. Nunca he sabido si los libros deben viajar o permanecer tranquilos, reposando ordenadamente en un lugar. Lo cierto es que las cajas fueron vaciándose y revistieron las paredes de la cabaña. ¡Esto va muy en serio!, nos dijimos. Quizás ese constante desprendimiento, el lugar agitado y móvil, tanto desarraigo, o el exceso de información accesible, vía internet, les haya ido gestando la necesidad de ubicarse, anclarse a un terreno solitario y de difícil acceso. ¿Querrá apartarse y volcarse a escribir, centrarse en su poesía?, nos preguntamos. ¿Cómo va a adaptarse a un lugar con tanta entraña? Pero lo cierto es que algo tan terrenal como Pisueña pareció venirle muy bien a Kevin y casó perfectamente con su espíritu inquieto y viajero. Su ánimo indomable permanecía y parecía ahora aliarse, alearse diría, con un alma más tranquila, siempre tan inequívocamente entrañable. Quizás ese nuevo rasgo de su sensibilidad ya estuviera ahí siempre, quizás esa doble valencia fue siempre condición y sustancia imprescindible en su capacidad para apreciar y reconocer el arte.

## SU ESCRITURA

Clarividente y fluida, su escritura y su visión crítica no tardaron en ser reconocidas y demandadas en el contexto artístico español de los ochenta y, en especial, por los artistas, quienes apreciaban aún más sus textos y ensayos críticos. Su mirada era distinta, alejada de

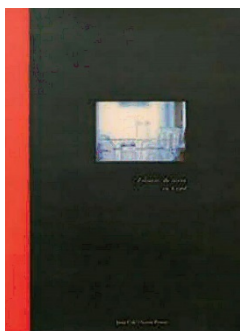
los grupos de influencia. Sus textos hacían posible descubrir nuevas fisuras y formas de ver e interpretar la pintura y el arte de los ochenta en nuestro país.

El alcance de su figura es, sin duda, mucho más amplio. Sus ensayos sobre Georg Baselitz, David Salle, James Lee Byars, Sigmar Polke, Jörg Immendorff o Peter Doig son referencias ineludibles. El interés que tuvo por la crítica latinoamericana, entre la que encontró buenos interlocutores como Ticio Escobar, Nelly Richard o Gabriel Peluffo, así como su contribución crítica y docente a instituciones como el ISA, en La Habana, y las universidades de Tucumán, Argentina, o Medellín, Colombia, entre otras, le hicieron merecedor de un gran respeto y admiración desde aquel continente. Pero es su faceta como poeta, ensayista e investigador en las interrelaciones entre la poesía norteamericana y el arte contemporáneo la más desconocida, sobre todo en nuestro país. Recuerdo bien su magnífico ensayo sobre el *Autorretrato en el espejo convexo* de Ashbery, publicado en la revista *Poesía*. Era buen amigo y admirador de Robert Creeley, a quién reconocía y citaba a menudo como uno de los poetas más interesantes de su generación. Recientemente, hablando con John Yau a propósito de Kevin, me comentó que creía tener una fotografía de Bob y Kevin juntos. John y Kevin se conocieron en mi estudio de Nueva York alrededor de una paella junto a grupo reducido de artistas y poetas. Ambos fueron avivando progresivamente la conversación hacia sus intereses comunes en la poesía norteamericana. Fue un largo e intenso intercambio que acabó derivando hacia la creciente influencia de la poesía hispana creada en los Estados Unidos y alrededor de sus fronteras. Recientemente se ha publicado en California un libro que recopila las entrevistas que hizo con Robert Duncan, George Oppen, Jerome Rothenberg, Robert Creeley, Robert Bly, etc... una generación de poetas que dio un vuelco a la poesía contemporánea y que mantuvo una estrecha correlación entre su poética y la estética del arte contemporáneo de la época.

Nos deja no solo un recuerdo imborrable y un enorme legado cultural, sino varias obras aún por publicar, como su impresionante último libro de poemas sobre la muerte. Releo ahora uno de sus últimos e-mails, donde textualmente me decía: “Hay en el libro tres registros: el tema de la muerte, la calidad musical del sonido (aliteraciones, etc.) los retos a la sintaxis y el protagonismo del lenguaje”. Y me viene a la memoria el estudio en Williamsbug, aquel submarino negro, una especie de caverna. Veo a Kevin entrando con su bolsa y posándola en el suelo. Recuerdo que se quedó parado delante de aquel espacio en forma de túnel, rodeado por paquetes de pigmentos en el suelo, con los cuadros negros apoyados en las paredes. Kevin miraba fijamente cada uno en silencio. Yo solía hablarle de que



Foto © 1996 Manuel Brito.  
“Jerome Rothenberg en UCSD.”



había tres distancias para mirar los cuadros: una desde lejos, desde donde la imagen se forma y se acerca a la idea de representación; una distancia intermedia, donde los espacios comienzan a moverse, a interactuar entre ellos, con zonas ricas y distintas que generan un baile de los espacios; y la mirada sin distancia, cuando la nariz casi roza la superficie del cuadro y realmente aprecias la riqueza de la piel de la pintura. Registros y distancias, Kevin fue de los primeros en detenerse a descubrir esos matices en mi obra, a viajar dentro de la oscuridad y dramatismo de esos cuadros, del atardecer y el drama, del presagio de un naufragio. Como lo hizo después con sus poemas en el libro *Primero de Mayo en Lund*, pero esta vez desde la aurora y la luz que emana tras el fondo de un papel levemente impresionado por el agua.

## LA CELEBRACIÓN

No, esto no es un funeral, me dijo un galerista amigo con cierto asombro cuando entró en ese inhóspito lugar donde ahora se vela a los muertos. Enseguida sintió el contagio del ambiente emocional que allí se respiraba, tan generoso y alegre, repleto de flores traídas de su propio jardín, del jardín de sus amigos y flores silvestres recogidas en el campo esa misma mañana. El mejor jazz salía de su propio equipo de música, tan claro y tan rotundo como encendidos los colores de aquellas flores, arropándole, las telas más hermosas del mundo, traídas de los innumerables viajes que Kevin y Mónica realizaron en los últimos años. La hortensia azul resplandecía especialmente entre carmines, rosas y violetas. La tela sobre la que se apoyaba era tan bella que le exigía reforzar aún más su intensísima gama. El viaje y el terruño unidos, saturados por la intensidad de la música. Fue la celebración más bella, el funeral menos funeral y el entierro menos probable de todos. Un ambiente que sin duda representaba su espíritu. No era un velatorio, era una celebración. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan cercano y tan unido a viejos amigos entrañables a los que el tiempo, la distancia y quizás también las entretelas de nuestra profesión habían deshilachado. Fue realmente conmovedor sentir tan buena energía entre personas tan dispares, familiares, poetas, escritores, artistas, amigos, vecinos, embriagados por una emoción alegre y desbordante. ¡Ni un alma triste! Parecía susurrarnos Kevin al oído.

## LAZOS Y TRANSPARENCIA

Él, de unos trece años, le ha tirado la pelota. Ella no se ha enterado de que venía. Él viste bermudas azul oscuro con estrellas blancas y ella bikini rosa con lazos y volantes. Son jóvenes y conscientes. Él adereza la arena que han revuelto sus pisadas y ella, apenas moviéndose de su posición se prepara de nuevo antes de sujetar con la mano la pelota y devolverla con la

pala. Me recuerdan a los nietos de Kevin. Su juego era distinto, porque Noah y Anis lo entienden de distinta manera. Pude observarlo aquel mismo día de la celebración, durante la comida en el jardín de Saro. Fue una jornada fraternal inolvidable, con una luz difícilmente descriptible.

[2013]